



Sigue al evangelio del domingo pasado, el de **la multiplicación**. Y una clave importante para leer este pasaje son las dos modificaciones que introduce Mateo sobre el relato paralelo de Marcos (Mc 6,45-52): el episodio de **Pedro caminando**

sobre las aguas y el **reconocimiento** de Jesús como Hijo de Dios por parte de sus discípulos. Ambos detalles imprimen a este relato **un tinte claramente eclesial y un valor simbólico**.

Es la situación en la que se encuentra **la comunidad de Mateo** después de la resurrección de Jesús: él está lejos, mientras ellos se encuentran a merced del mar y de los vientos. Las olas y el mar representan en el A.T. **las fuerzas del mal que Dios vence** con su poder (Sal 77; Job 9,8; 38,16). Pero ahora es Jesús quien vence a esta fuerza maligna.

22-23a. *Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.*

Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar.

Jesús obliga a sus discípulos a embarcar. Y cruzan hacia el territorio gentil. Quiere alejarlos del escenario de la señal mesiánica y del contacto con la multitud. Él se encarga de despedirla.

Sube al monte solo a orar. Jesús goza de su silencio ante el Padre. Necesita dejar en sus manos todas las vivencias del día. La satisfacción por los “pocos panes y peces”, que se ha vuelto “mucho” mediante **la bendición y la solidaridad de los que no**

acumulan. Pero está inquieto porque muchos no entienden cual es su misión. Y **la tentación del poder** nuevamente le ha acechado como en las Tentaciones en el Desierto (4,8-10)

La cámara del narrador enfoca casi simultáneamente la Montaña y el Mar. **Dos lugares simbólicos:** el del encuentro con Dios y el caos. **En el lugar del caos veremos la gloria de Dios**

SUBIR AL MONTE A ORAR En medio de su intensa actividad cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. Jesús vive desde la experiencia de un **Dios Padre/Madre. Es el centro de su vida.**

La oración para muchos de nosotros es algo ocasional y extraño en nuestra vida. Se nos está olvidando rezar. Solo recurrimos a ella en momentos difíciles y angustiosos, pero **no es algo importante y dichoso**. Incluso para los que estamos en tareas de evangelización no valoramos su importancia y corremos el peligro, si no oramos, de convertirnos en **"funcionarios"** más que en **testigos de la fe y animadores de la comunidad**.

En nuestra cultura, en la que solo se acepta el criterio preferente de la eficacia y el rendimiento, no es extraño que surja la pregunta: **¿para qué sirve rezar**, si lo importante es la acción, el esfuerzo y el trabajo? Lo decisivo son los resultados. Desde este pragmatismo, la **oración parece pertenecer al mundo de lo "inútil"**.

Y sin embargo **para Jesús es algo esencial**. Y nosotros como seguidores, como discípulos, tenemos que orar según el espíritu y el estilo de Jesús, animados por los mismos sentimientos y la misma actitud de Jesús ante el Padre. Siempre con **esa confianza de hijos como lo hizo él**.

Y orar a un Dios Padre no infantiliza. Al contrario, nos hace más responsables de nuestra vida. No rezamos a Dios para que nos resuelva nuestros problemas. No es un instrumento mágico para ir satisfaciendo nuestras necesidades de forma fácil. **Pedimos que se "haga su voluntad" que es nuestro propio bien.**

23b-27. *Llegada la noche, estaba allí solo.*

Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida: -«¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»

En esta **escena idealizada**, el viento representa las fuerzas hostiles del mundo. Éste es un mundo peligroso, que amenaza gravemente a los discípulos.

En la oscuridad de la noche, en la agitación de un mar levantisco, Jesús se aparece a sus discípulos. La cuarta vigilia (entre las 3 y las 6 de la mañana) es el tiempo bíblico de la intervención de Dios (Ex 14,24)

Podemos llamarlo **Cristofanía**, nos comenta Schökel, y emparejarlo con los relatos de la transfi-

guración y la pascua. **Jesús domina los elementos** (Sal 77,20), infunde paz y confianza con su presencia, con su palabra, con el contacto de su mano.

Acaba de insinuar, en el episodio de los panes que Jesús renuncia a la gloria que le quiere dar la multitud. Ahora levanta el velo y muestra claramente su identidad. El que ha alimentado al pueblo en el Desierto es también el Dios de la salida de Egipto caminando sobre las aguas.

EL MIEDO DE LA IGLESIA Mateo quiere ayudar a su comunidad y también a nosotros hoy a **liberarnos de los miedos y de la falta de fe**. Bien es verdad que la persecución y la muerte estaban patentes en aquellas comunidades. Las "tinieblas de la noche", la "fuerza del viento" y el peligro de "hundirse en las aguas oscuras" era un reto real para aquellos primeros cristianos. **El imperio era poderoso y cruel.**

También en nuestras Iglesias, la grande y las pequeñas, nos asalta las tinieblas de la noche. No vemos salidas con este tedio del "siempre lo mismo" y actividades pastorales de "entretenimiento", no de crecimiento. No hacemos atractiva la Palabra y el testimonio de la fe es frío y débil. La fuerza de vientos de poder y prestigio, de intolerancias y rechazos nos alejan cada vez más del Señor.

En cualquier momento nos podemos hundir si nos fijamos sólo en la **«fuerza del viento»** y **olvidamos la presencia de Jesús**. Ahora bien, si sabemos gritar como Pedro: **Señor, sálvanos**, podremos vivir una experiencia difícil de explicar a nadie. Sin saber cómo ni por qué, percibiremos a Jesús como una **«mano tendida»** que **sostiene nuestra fe**. Es en las crisis cuando aprendemos de verdad a creer en Jesús. **¿Lo hemos experimentado?**

28-30 Pedro le contestó:

-«Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.»

Él le dijo: -«Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: -«Señor, sálvame.»

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: -« ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él, diciendo: - «Realmente eres Hijo de Dios.»

Pedro desafía en cierto modo a Jesús. **Lo llama «Señor» y le pide que «le mande» ir a él:** cree en el poder «milagroso» de Jesús, no en la fuerza del amor. Pedro quiere «andar sobre el agua», participar de la condición divina de Jesús. Éste no duda y lo invita; todo el que lo sigue está llamado a acceder a la condición de hijo de Dios. Sin embargo, Pedro «ve» el viento, y siente miedo; esperaba la condición divina sin obstáculos, de manera milagrosa.

No teme porque se hunde, sino que se hunde porque teme. Estos versículos deben destacar la preeminencia de Pedro sobre los discípulos, como el evangelista hace frecuentemente. Y si Pedro se arroja al agua a una orden de Jesús, la narración destaca fuertemente el desfallecimiento de su fe.

Pedro es la figura que confunde el entusiasmo, un poco presuntuoso, con la fe, y no debe su salvación más que aun gesto salvador de Jesús, como le hace observar el Maestro.

Las manos de Jesús han sido instrumentos de curación (8,3.15; 9,18.25) y de identificación de los suyos (19,49). Ahora salva a un discípulo. La mano extendía de Dios libra al pueblo de la opresión y de la esclavitud (Ex 3,20), así como del agua y de otras dificultades. Por eso, tendiendo la mano para salvar a Pedro, Jesús hace de nuevo lo que Dios.

Dirige a Pedro un reproche porque no ha tenido suficiente fe en la palabra de Jesús para perseverar, ni ha confiado en su autoridad para vencer aguas y vientos tempestuosos. Su poca fe ha puesto de manifiesto que estaba aturdido y brumado.

La reacción de los discípulos es la típica de numerosas epifanías y salvamentos en el mar. Entonces se quedaron preguntando quien era Jesús. Ahora después de seis capítulos de acompañarlo y escucharle, entienden mucho más. Disciernen por la acciones de Jesús que **él es Hijo de Dios.**

EL MIEDO DEL DISCIPULO Comentando este evangelio **Romano Guardini** (*El Señor*, p. 251) tiene un texto esclarecedor que no me resisto a copiaros: "Cuando Jesús le dice: "¡Ven!" Pedro se pone en pie, salta por la borda, clava sus ojos en los del Señor, pone pie en el agua y resulta que no se hunde. Entonces cree y, por la fe, entra en el campo de esa fuerza que emana de Cristo. Pedro se mueve en el campo de esa fuerza y coopera con ella en lo que Cristo hace. Mientras mantiene su mirada fija en la del Señor; mientras su fe permanece unida en la voluntad del Señor, no se hunde. Después, disminuye la tensión de la confianza y se relaja; y entonces aparece su conciencia humana y percibe las fuerzas terrenales. Oye el ruido de la tempestad, siente el ímpetu de las olas. Ha llegado el momento de la prueba. En vez de agarrarse a la mirada del que tiene enfrente, se suelta. Entonces el campo de fuerzas se debilita y Pedro se hunde. Pero de la fe "que vence al mundo" brota un grito de indefensión: **"¡Señor, sálvame!"**. Y Jesús le dice: **"¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?"**.

Digámoslo con toda crudeza. La vida de fe significa reconstruir la conciencia de la realidad. Para nuestro sentir, dominado por el mundo, el cuerpo es más real que el espíritu, la electricidad es más real que una idea, el poder más real que el amor, la utilidad más real que la verdad. Y todo ello junto, - "el mundo"-, es incomparablemente más real que Dios. ¡Qué difícil es, incluso en la oración, sentir a Dios como real! La vida en la fe, el trabajo en la fe, la práctica de la fe, tienen que transformar nuestro modo de percibir la realidad".

Juan García Muñoz (ingarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>